

Mi caluroso día de invierno

Yesica Mabel Puerto

YESICA M. PUERTO

LAS CUATRO ESTACIONES

*Relatos, cuentos, y prosa poética
escritos durante el 2017*

"No hay casualidad sino destino. No se encuentra sino lo que se busca y se busca lo que existe en lo más profundo del corazón."

-Ernesto Sabato

Capítulo 1

Es un día de invierno, pero hace calor y parece una tarde de verano. Este día es como tú. Se siente y se respira como tú. Es un calor agradable, de esos que, se distiende el aroma de las flores con un viento leve húmedo. Y el cielo divertido parece jugar con el sol y con las nubes negras que no se deciden a quedarse quietas.

Este día me desperté aturdida como cayendo con todo lo que mi cabeza sabe de tu existencia. Los intermitentes recuerdos me convulsionan el pulso del corazón, y me mente dolía ¿Cómo puede una mente doler? Pero duele. Cada imagen, sonido, y aroma, se resiente como si mi piel estuviera con una herida abierta. La existencia pesa. Y la mente es un yunque. Un adoquín de memoria en caída libre.

No entiendo si todo lo que siento es una ilusión. Decís ser como cualquier persona ¿Por qué no lo siento así? Eres como un día caluroso de invierno. Lo sé. Pero aunque siempre estoy alerta, nunca te puedo encontrar.

Soñé que estábamos en nuestra escuela. Te buscaba en los pasillos, y no estabas en ningún lado. Claro, ya éramos grandes, no sé por qué razón estábamos ahí. Me quede esperando y fijándome asiduamente en cada persona que pasaba por ahí, para ver si eras tú. Pero ninguno era. Era estresante, y me daba una perniciosa ansiedad. Y se me ocurre, como si aquello fuera una idea brillante, fijarme en uno de los salones que había en el pasillo. Y voy a uno de ellos, me fijo en uno y ahí estabas, apoyado sobre la mesa, mirando el celular concentrado, o fingiendo estar concentrado. Y me miras expectante. Y doy unos pasos llena de esperanza y emoción, solo para darme cuenta en tus reacciones que no me reconoces. Eras tú, pero, eras el anterior tú. No el que yo había conocido. Eras el tímido, eras el que nadie puede tocar. Eras la armadura amable y lejana de todos. Insistí en llegar a ti, en decirte cosas que solo yo y no otras gentes saben de tu persona, pero, aun así, no me crees. No me das anexo. Y me cae una oleada de tristeza, porque aunque te diera el abrazo más dulce del mundo, aun así, no significaría nada. Soy solo una persona más entre todas las gentes. Y salgo con una angustia, cerrando la puerta, mientras me dejo llevar por la corriente de la desesperación, porque muy adentro mío, sabía que no debía rendirme, que estabas por ahí. En alguna parte. Y me animo a entrar a otra puerta, y te encuentro. Y esta segunda vez, si eras vos, el después de ti. El día caluroso de invierno. Mi yunque a tierra en la tempestad. Hiciste todos los gestos que siempre me maravillan, y me abrazaste fuerte y mi corazón se llenó de flores. Tus abrazos tienen esa calidad, el de llegar a salvo a casa. Y dichosos hasta por los codos, dando saltos de alegría, planeamos hacer un montón de estupideces en el día que son el hastío de mi felicidad, y no terminamos

de salir de la puerta, que al darme la vuelta: ya no estabas ahí, no estás en ningún lado. De hecho, no... no hay nadie más. Estoy yo sola, dando vueltas en un lugar que ya no me suena ni familiar. Y esta todo silencioso y quieto, como una casa enorme abandonada. Y avanzo unos pasos en el pasillo hasta una ventana porque tengo miedo de la intensa oscuridad, la única luz débil que viene es de la ventana e intento concentrarme en ver que hay afuera. Y no logro ver nada claro, pero de nuevo empieza un leve bullicio, la gente sigue ahí, caminando a sus que haceres como si nada. Y de vuelta te vuelvo a buscar. Y entro a un cuarto, para toparme con el anterior tú, con el que no me reconoce. Salgo para volver a entrar a otro cuarto, y encontrarte, el después de ti y te vuelvo hallar solo para perderte otra vez. Y desesperarme otra vez. Salgo y voy y vengo todo el tiempo, buscándote, entre la alegría y la tristeza. Perdiéndome en los pasillos.

Alguien me hoyo en medio de la pesadilla quejarme y me despertó. Me quede mirando al techo, sintiendo todo el peso de tu existencia, mi adoquín en caída libre, mientras un tranquilo viento, me traía la humedad dulce de los jazmines del jardín.